

pa, y rebajándose á los irracionales, son indignos de participar del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo.

11. Son convenientes y hasta cierto punto necesarias las mortificaciones en aquéllos que aspiran á imprimir el ósculo de paz al Redentor Sacramentado. Vencer las humanas pasiones es la acción más digna y más heroica que puede concebirse; mas para el efecto es indispensable la mortificación: quien no empiece por ella en la reformation de su ser jamás saldrá vencedor de sí propio; estará sujeto á sus sensuales apetitos, y Jesucristo no puede entrar en un corazón dominado por la concupiscencia. ¿Pero de qué mortificaciones rodearemos á nuestro humano compuesto, á fin de que, teniendo alguna pureza, sea preparación digna del Sacramento Santo? El ayuno, el retiro, el silencio, la oración son medios sencillísimos que nos aconsejan los maestros de espíritu, y que, dispuestos prudentemente, nos servirán de preparación inmediata para la sunción eucarística. Decía con sublime acierto S. Gregorio que antes de sacrificar al Salvador en el Altar, ó antes de recibirle en el pecho, deberíamos sacrificarnos espiritualmente á nosotros mismos; y ved aquí la mortificación bellísima que pide en nosotros Jesucristo Sacramentado.

Los santos, con su hermoso ejemplo, acreditaron que para percibir las dulzuras inefables de la Eucaristía era preciso disponerse antes con la mortificación á que me refiero. San Francisco de Borja se confesaba dos veces al día; el extático Nicolás Factor se daba entre mañana y tarde tres disciplinas de sangre; el obispo S. Julián gastaba casi toda la mañana en prepararse y dar gracias; Sta. Margarita, hija del rey de Hungría, comía pan y agua la víspera de la Comunión, pasando toda esa noche en oración fervorosa; y el santo cardenal Stanislao Roscio tomaba por cena tres bocados de pan solamente, en atención á que había de celebrar el adorable Sacrificio de la Misa, y antes de celebrarla no daba audiencia ni se comunicaba con persona alguna.

12. Para comulgar es preciso también saber lo que se recibe. Á nadie debe extrañar la necesidad de este indis-

pensable requisito si se tiene en cuenta que una práctica demasiado triste enseña que muchos, muchísimos católicos acuden al Místico Banquete, ignorando en gran parte la doctrina eucarística. ¡Cuán sensible es contemplar á tantas personas, aun de edad avanzada, ítem de las que se precian de ilustradas, que no podrían responder plausiblemente á las meras preguntas del Catecismo sobre el Santo Sacramento del altar! Y si esto es así, por desgracia, ¿qué frutos esperan alcanzar semejantes personas? Si apenas saben lo que practican, ¿con qué fervor, con qué preparación lo ejecutarán? ¡Lástima inmensa que no se ojee mejor y más veces el Catecismo cristiano! Estudiar á fondo quién es Jesucristo, á qué viene á nosotros, cómo y por qué viene, qué gracia nos trae, y qué es lo que deberemos practicar para hospedarle convenientemente: he aquí los breves puntos que no debe ignorar todo cristiano, y que debe ejercitarse en los mismos, si pretende obtener los excelentes frutos de la Santa Comunión.

13. También las faltas leves y el tenerlas afecto, impiden la consecución de los inmensos y ópimos bienes que ofrece el Sacramento eucarístico. Una cosa es llegarse á la Comunión sin culpas veniales, porque procuran evitarse á todo trance, y otra cosa es acercarse sin estas mismas faltas, porque, aun cuando no se hayan evitado, han sido no obstante perdonadas. Estudiaré aquí el primer punto, porque respecto del segundo sabemos positivamente que los pecados veniales se perdonan por una de las nueve obras que para el efecto propone la Iglesia.

Es preciso evitar á todo trance las culpas ligeras, y esto es despojarse en cierto modo del hombre viejo para vestirnos del nuevo Adán, con el ropaje de gloria divina que N. Señor nos ha legado por medio de los Santos Sacramentos. Mas semejantes despojo y vestición deben ser de las cosas interiores, según lo ordenan las Escrituras Sagradas. «Renovad, dicen, el espíritu de vuestra inteligencia (1).» ¿No recordáis

(1) Ad. Ephes. IV, 23.

cómo los moradores de Jerusalén se despojaron de sus vestiduras para recibir á Jesús triunfante? ¿no recordáis que para el efecto arrojaron sus vestidos al suelo y tomaron ramos y palmas para vitorear al Redentor? Pues esto mismo, convertido al espiritual sentido, debe practicar el católico que pretende recibir en su pecho á Cristo Sacramentado. Tiene que despojarse de los vestidos interiores de sus pasiones desordenadas: la ira, la venganza, la gula, la lujuria, la envidia y la pereza. Debe arrojarlas fuera de sí, plantando en su lugar virtudes hermosísimas: las virtudes de la caridad, mansedumbre, mortificación, pureza y trabajo. Debe tomar en sus manos los ramos y las palmas de la alegría y del gozo, porque quien sale de casa para recibir triunfante al Salvador, debe gozarse y llenarse de santo entusiasmo por su venida.

Todos los amantes del Santísimo Sacramento procuraron despojarse de semejantes defectos, y de no tenerlos afecto alguno. Para ello se inmolvaban tantas horas, puestos en sublime oración ante el Dios del Tabernáculo, como se refiere del siervo del Señor, P. Lanuza, célebre misionero de Sicilia, á quien su director mandó estuviese una sola hora ante la Santa Eucaristía; mas él, cuando llegaba el crítico momento de separarse, lo ejecutaba con tanta violencia que se deshacía en practicar repetidas postraciones é inclinaciones, teniendo al propio tiempo los ojos fijos en la Sagrada Hostia, hasta que las paredes del templo le impedían su vista.

14. Explicadas las disposiciones remotas y próximas, estudiemos las actuales. Éstas se reducen á ejercitarse momentos antes de comulgar, en actos de fe, esperanza, caridad, contrición y fervorosos deseos de unirse con Jesucristo. Para el efecto es indispensable recogerse en el retiro del alma, y guardar, por lo general, absoluto silencio, al menos un cuarto de hora antes de comulgar. Muy poco fruto obtendría quien, antes de llegarse á la Fuente sacramental, no se dispusiese con la preparación, denominada actual, por cuya razón afirma la Doctora del Carmelo que la principal causa de que las personas devotas, eclesiásticas y religio-

sas obtengan poco fruto de la Santa Comunión se debe á que se disponen también poco ó sin devoción. Hanse de practicar actos de fe profunda, creyendo todos los dogmas católicos, principalmente el de la santa Eucaristía. Hay una costumbre muy devota y sencilla que consiste en meditar durante unos minutos una de las grandezas ó excelencias de Jesucristo Sacramentado (1), á fin de estimularse interiormente á unirse con el Divino Salvador. S. Diego de Alcalá, no contento con ayudar todas las misas que podía, permanecía largos ratos ante el Sagrario, disponiéndose para la Comunión siguiente; y S. Francisco de Sales pasaba noches enteras sobre el frío pavimento del templo, considerando las bellezas del Dios Sacramentado, para mejor comulgarle.

Á más de los actos de rendida fe, se practicarán con especialidad los de contrición y deseo; es preciso dolerse de todas las culpas y hasta de las imperfecciones; es indispensable confundirse con el polvo, mostrarse pequeñísimo ante la soberana Majestad divina, y sentir vehementes ansias de comunicarnos con el Salvador. Si Zaqueo obtuvo las misericordias de Jesucristo, al hospedarle en su propia casa, fué porque mostró grandes ansias de recibirle; si Marta y María alcanzaron las mercedes del Salvador, fué porque le suplicaron ternísimamente accediese á sus muchos deseos. Á medida del deseo es el beneficio; quien mucho desea, mucho aprecia; y quien aprecia mucho, se hace acreedor al reconocimiento.

§. II.

15. Pero, pasemos á la segunda parte, donde es nuestro deber examinar las disposiciones relativas al cuerpo. Éstas pueden reducirse á tres: ayuno natural, limpieza y modestia corporales.

Grande es el Sacramento del Altar, é inmensos sus efectos; por esto es indispensable que el Señor ocupe nuestro

(1) Pueden leerse nuestras Meditaciones eucarísticas. Véase al final de este tomo.

pecho antes que ningún género de alimento se ingiera en el estómago. Con efecto: es tan inefable este Misterio que, aun cuando el Salvador le instituyera, terminada la Cena pascual, no obstante, los apóstoles y sus discípulos, divinamente inspirados, comenzaron á observar el ayuno natural, esto es, la no deglución de manjares, bebidas y medicinas corporales, desde las doce horas de la noche precedente á la Comunión, hasta después de haber comulgado. En algunas Iglesias, empero, deseando sus fieles imitar materialmente la conducta del Salvador en la noche de la Cena, comulgaban después de haber cenado parcamente (1), pero lo regular era que se verificase esto únicamente el Jueves de la Semana Mayor.

Con el ayuno en cuestión manifestamos altamente que preferimos al Señor sobre todas las cosas creadas, aun sobre las más queridas, que son los alimentos necesarios á la vida.

16. La impureza voluntaria, en sentir del Angélico, impide recibir la santa Hostia, por más que después confesase el deshonesto su culpa con intención de comulgar en el mismo día; tales deshonestos, añade el santo, deben abstenerse de comulgar al menos por el tiempo de veinticuatro horas, porque dicho pecado distrae tanto el espíritu que le deja incapaz durante muchas horas de ocuparse debidamente de una práctica tan augusta. En su confirmación dice S. Juan Clímaco, citando un texto de las Constituciones Apostólicas, que si á un hereje es lícito comulgar, luego de haber confesado sus culpas, no es permitido eso mismo al lujurioso; por lo cual, asegura el irrefragable Alés, con otros gravísimos autores, que antiguamente había precepto terminante de que los inhonestos no se llegaran á la Divina Mesa, á no haber transcurrido veinticuatro horas. Por motivos menos poderosos se negaba antiguamente la Sagrada Comunión: tales, como encrespase el cabello y representar en un teatro (2).

(1) Véase el Tratado III de esta Obra.

(2) S. Cipriano., lib. II, ep. 10.

Respecto de la involuntaria impureza habida en sueños, ó aún cuando el paciente haya despertado en el acto, con tal que no haya dado causa á ello y la voluntad esté totalmente ajena al placer, discrepan los doctores respecto á si se debe comulgar ó no. Sto. Tomás (1) es de parecer que, aunque no de necesidad, sino de pura conveniencia, deberían los pacientes abstenerse de la sacramental participación; pero S. Buenaventura es de opinión contraria, al cual me adhiero, porque á más de no haber en dicho sufrimiento culpa alguna, tiene en su apoyo la práctica constante de los cristianos de los tres primeros siglos de la Iglesia, quienes comulgaban diariamente á pesar de los involuntarios efectos fisiológicos de la especie humana. Una respuesta del mismo Jesucristo á S. Pedro Celestino confirma esta opinión segunda. Quejábase dicho venerable de que por la noche padecía alguna efusión involuntaria; y, temiendo celebrar de esta manera el Sacrificio, preguntó al Señor si celebraría al día siguiente de haberla experimentado, y le fué respondido de esta manera:—¿Qué culpa tiene el que va en la bestia si ella se ensucia?—Discretísima razón, que movió al santo á no dejar jamás el Sacrificio.

17. El acceso matrimonial, dice el Agustino (2), impedía comer de los panes de la proposición (3), que son figura perfecta de la Santa Eucaristía. Nicolás de Lira, consigna que al menos en la noche precedente á la Comunión, no debería tener efecto el referido uso (4), como ni aun en el mismo día que se comulgó, añade el dulcísimo S. Francisco de Sales (5). Pero bien está la presente doctrina para aquellos que comulgan raras ó pocas veces, lo cual sería muy dificultoso para los que comulgan diaria ó muy frecuentemente. Así dice S. Jerónimo (6) que le constaba positivamente que en Roma había algunos casados que se acerca-

(1) Q. 80, art. 7.

(2) Serm. 244.

(3) I Reg. XXI.

(4) 4, dist. 19, q. 2, á 2, 3 ad 3.

(5) Introducción á la Vida devota.

(6) Apol.

ban diariamente al sagrado Banquete, lo cual, dice él, ni alabo ni vitupero. De todas estas precedentes enseñanzas fácil es inferir que convendría poner en práctica la doctrina de S. Francisco de Sales; pero que, cuando por necesidad, por caridad, por conveniencia y fin honesto debiera llevarse á cabo el mencionado uso, me parece (salvo mejor opinión) que si se tiene gran devoción de unirse al Señor Sacramentado, podríase en día comulgar, á no ser que la imaginación estuviese tan lúbricamente distraída que no pudiera ocuparse del amor castísimo á Cristo Señor Nuestro; esta doctrina creo que es buena para los que comulgan diariamente ó con mucha frecuencia.

18. La modestia en los sentidos es el último requisito indispensable para comulgar como conviene. Lejos, muy lejos del comulgante una vista altiva, pasos acelerados, manos caídas, porte y ademanes cómicos ó mundanos. Con paso circunspecto, ojos bajos, rostro grave, manos cruzadas ante el pecho y angelical postura, debe presentarse el cristiano á la sagrada Mesa. Una mirada descompuesta, una palabra al amigo, una sonrisa, un vestido chillón y lujoso, esencias profanas en la cabeza y en el cuerpo, indicarían que la persona comulgante no sabe á dónde ni á qué va, y merecería se le negase la santa Forma.

Tengamos deseo sin medida de disponernos lo mejor posible para hospedar al Salvador, y no cesemos de pedir al Señor se digne preparar nuestro corazón, dándonos uno nuevo, que sea capaz de contenerle y de amarle para siempre.

EJEMPLO

«El hombre, para comulgar dignamente, póngase á pleito ante sí mismo, levante en su corazón un tribunal y comparezca en juicio. Sea el acusador el pensamiento, el testigo la conciencia, el temor del infierno el verdugo y dé tormento al alma hasta que reviente la sangre por los ojos, derramando lágrimas, y después la mente pronuncie la sentencia que no es digno de recibir el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, si es que así lo juzga en efecto.»—S. Agustín (1).

(1) Hom. 50.

Refiere á este propósito el P. Rivera (1) que una sierva de Dios comulgó con escrúpulo de algunos pecados veniales deliberados; mas fué reprendida ásperamente por el Señor, quien, cierta noche, estando ella en sueños, la dijo: «Atiende: así como el sacerdote, cuando prepara el cáliz, mira bien la hostia por ambas partes por si lleva alguna mancha y la pone contra la luz con objeto de ver si tiene algún pelillo, así tú has de examinarte antes de ir á la Comunión, porque ni un pelo ha de haber en tu conciencia.»

(1) Tratado 10, §. 6.